

VITTORIO (Libro) - *Alejandro*

Al calor de la hoguera, me caliento las manos, a la espera de mis hermanos. Esta noche, no puedo conciliar el sueño, por causa de un mal presentimiento. Continuamente oigo ruidos, que me ponen en guardia contra algún peligro.

Me cubro tras lo más cercano posible, una columna desgastada por los años, firme, impenetrable, y con un gesto, os indico que me acerco.

Avanzo con paso lento, pero firme, y os hago un gesto antes de irme, para que os escondáis, y, dependiendo de mi suerte, sobreviváis...

Al fondo se divisan dos puntos rojos, ansiosos, junto al olor característico que exuda cualquier lobo, mas, éste, es diferente porque, bien sabido es, que no hay dos ojos que a mí me amedrenten, porque, no es su color lo que me quita el resuello, sino los dos metros que los separan del suelo. De pronto, veo una luz, me aclaro la voz, me encomiendo mi dios, y me preparo para una batalla, en la que no pocas agallas habré de poner si la luz de un nuevo día deseo ver.

La criatura lanza un grito desgarrador, propio de un alma atormentada, que me hiela la sangre, mientras espero su ataque.

Y allí, entre los restos de la pelea, yacían mis hermanos, todos ellos destrozados, pues así había ocurrido. La explosión de luz había sido tan potente, que hasta el más valiente de mis hermanos yací irreconocible, y yo estaba solo y desvalido, pues todos mis hermanos habían partido, a donde?, no lo sé pero yo estaba perdido, horrorizado ante semejante masacre, los que no habían muerto, se habían vuelto, desgraciados a sus madrigueras, esperando el día en el que despierten con una estaca clavada en el pecho, con los ventanales abiertos, y los humanos, quietos, a su alrededor, rezando a su patético dios.

Pero basta ya de hacer ridículas conclusiones con los desertores de tan magnífica raza, yo lo que necesitaba, era ir de caza, vengar a mis hermanos, destrozarlos con mis propias manos, hacer que se ahoguen en su propia sangre, esa que a mis hermanos, se les a negado.

Ya era hora de salir de allí, pues, los reflejos anaranjados de los cristales me advertían de que, en breve, este sitio iba a ser un hervidero de ridículos humanos vanagloriándose con su victoria, ... ya les llegaría su hora...

-Víctor, vamos despierta, no pretenderás dormir toda la noche? murmuró como quien intenta despertar a un niño...

Muy a regañadientes, me incorporé en la cama, me dolía terriblemente la cabeza, y, no había dormido cinco minutos seguidos sin verme asaltado por horribles imágenes de mis hermanos masacrados. Además, tenía una sed acuciante que no me dejaba pensar con claridad.

-Ya voy Sarah!

Sarah era una joven muchacha a la que yo había salvado la vida involuntariamente una noche en la que la había estado siguiendo con el fin de aplacar mi sed, cuando tres tipos borrachos se me adelantaron y la acosaron hasta meterla en un callejón, yo no reparé en cuales podrían ser las intenciones de aquellos despreciables, sus pensamientos lujuriosos y depravados no me interesaban en absoluto, porque no podía creerme la suerte que tenía al haberse metido cuatro reses en un callejón...

Disimuladamente me fui acercando al callejón mientras oía los gritos de la fémica, y decidí darme prisa porque no iba a permitir que aquellos idiotas mancillaran mi presa. Entré en el callejón, y comenzó mi tarea de desgarrar, partir y succionar, hasta que sólo quedó aquella pobre chica, con las vestiduras rasgadas por aquellos torpes, los ojos empañados y acurrucada en un rincón, mirándome fijamente, a la espera de que actuara. Que deliciosa escena, pensé, y acto seguido di rienda suelta a mi locura de sanguinario lascivo, pero he aquí, que no la toqué un solo pelo, pues al dar el primer paso, empecé a sentir náuseas y un dolor de tripa agudo.

El motivo era que aquellos tres desgraciados que habían muerto a mis manos, tenían un alto porcentaje de alcohol en la sangre, esa misma que

descansaba en mi estómago ahora, y, aunque el aroma que desprendía aquella jovencita era de los mas tentadores que había tenido el placer de oler en décadas, decidí, perdonar su miserable vida... por esa vez, y acto seguido, me marché como había venido, aunque con dolor de estómago.

Mientras caminaba por la calzada desierta, me puse a pensar, en lo mucho que disfrutaba con aquellas situaciones, el poder decidir el destino de las reses a mi antojo, aquí empieza tu vida, y aquí termina, porque lo digo yo, no había acabado la frase y mis carcajadas se oían en trescientos metros a la redonda, solo me replicaron dos o tres perros.

Seguí caminando lentamente, sin un rumbo predefinido, sin cruzarme con mucha gente, cuando me volvió a la cabeza la muchacha del callejón, y aquel hecho, me resultaba extraño, pues, no le resultaba muy difícil a cualquiera de mi especie seducir a cualquier mujer, dado que nos sabemos de memoria los sentimientos de los mortales y también como distinguirlos y hacer que surjan. Al final la relegué a un rincón de mi mente y la olvidé, por aquella vez...

Por su parte, aquella muchacha se había quedado prendada de mí, y me buscaba por todas partes, hasta que un buen día, o mejor dicho, una buena noche, me encontró tomando una copa de aguamiel en la taberna “El Cerdo Ciego” (nombre que hacía honor a su regente, pues este, tenía unos rasgos porcinos muy apreciativos y un ojo fuera de su cuenca, la cual se cubría con un parche marrón), y se sentó a mi lado. En un primer momento me desconcertó, porque yo no esperaba a nadie, y estaba sumido en hondas reflexiones, pero al alzar la vista y recordarla una sonrisa curvó mis labios, en vista de una noche entretenida. Comenzamos a charlar y ella empezó a relatarme toda una serie de desgracias que le habían acontecido a lo largo de su ajetreada (al igual que miserable) vida, y de lo atraída que se sentía por un vampiro como yo –necia, te hubieras quedado prendada de cualquier otro vampiro, y si no te maté fue porque no me hacía falta, pensé, y acto seguido, mi mente voló y me aconsejó llevarla al callejón más cercano y abrirla en canal para saciarme, y de hecho, fue lo que decidí hacer. Me divertía mucho contemplar su inocente cara de ojos suplicantes mientras yo hacía hipótesis respecto a su muerte, y tampoco resulta menos entretenido poder leer el pensamiento de tu interlocutor, como yo estaba haciendo en ese momento y me lo estaba pasando en grande, pero fue eso precisamente lo que la salvó, pues fue en ese momento cuando me dí cuenta del provecho que le podía sacar a aquella fémica porque, analizando y comparando lo que decía, con lo que pensaba me dí cuenta de que coincidía y que en verdad era muy inocente y moldeable. Que tierno pensé, pero decidí sacar partido a aquella oportunidad que se me brindaba, porque si lo pensabas detenidamente había habido muchas coincidencias para que se diera aquella circunstancia.

Aquella noche, hablamos largo y tendido, y allí, en aquella taberna maloliente fue donde me relató la historia de su vida que les narro a continuación, y, si el lector me lo permite, también les proporcionaré una descripción física suya:

De compleción pequeña, Sarah era una jovencita de unos diecisiete inviernos aproximadamente, de piel blanca como la leche (motivo por el cual llegué a pensar que podría sufrir algún tipo de enfermedad, cosa que me desmintió el tinte rosado de sus mejillas y la energía que exudaba su pequeño cuerpo) cabello rubio, y unos preciosos ojos grises (que bien podían haber sido azules habiéndose oscurecido a medida que la pobre cría veía cosas que no le correspondían para su edad) junto con una nariz y una boca pequeñas, bien torneadas, las orejas, eran normales, sin los agujeros que le corresponderían a cualquier fémica para albergar unos pendientes inexistentes.

Procedía de uno de los pocos reductos celtas que subsisten al norte de la “civilización” , su padre murió defendiendo el poblado junto a los otros hombres de la aldea blandiendo alguna que otra espada (más bien decorativas o para rituales y sin afilar), picos, azadas y otros aperos de labranza. Todos ellos fueron exterminados sin compasión por los tajos rápidos y certeros de los sacris sin estos causar apenas una o dos bajas entre las bien entrenadas filas de fanáticos. Y su madre (en cinta) junto a las demás mujeres fue hecha prisionera y murió poco después al dar a luz a Sarah. Gracias a la matrona que asistió a la madre en el parto, (y por la que sabemos toda la historia, ya que también era prisionera de aquella aldea) Sarah logró salvar la vida, pues esta metió al bebé entre los trapos sucios del parto y al recoger, se la llevó afuera, dejando a la madre un bulto para que pareciera el bebé, hecho, que, evidentemente, condenó a muerte a la madre por la traición, y a la matrona también si no hubiera logrado escapar, porque los niños, una vez nacían, se los arrebataban a sus madres a los cinco minutos e ingresaban en orfanatos del Dominio para, a los cinco años, entrar a formar parte de las instituciones Sacri donde se les entrenaba en cuerpo y mente para adorar a Ranthas (Dios del Dominio y a su vez del fuego) y ejercer como futuro Sacri. En cambio si el bebé resultaba ser una niña, se la ejecutaba; en nombre de Ranthas como no...

Sea como fuere, la matrona logró salvar a Sarah y dejarla en un orfanato construido con las donaciones de los nobles de la ciudad, y regido por una serie de antiguos comerciantes que habían aceptado el puesto, que aunque poco remunerado, era fijo. La matrona les contó toda la historia, y se fue a intentar sobrevivir en un mundo que no era el suyo, y en el que todo era desconocido y extraño.

Poco tiempo después de haber visto su decimosexta primavera, a Sarah la intentaron obligar a prostituirse, cosa que ella no concebía, cómo se podía

obligar a alguien a hacer algo que para ella era amor, y cómo había gente que podía pagar por ello.

Al verse sin nadie que resolviera sus dudas decidió escaparse del orfanato en una escapada para llevar la colada a la lavandería, (curiosamente fue otra vez la ropa sucia lo que la salvó) y estuvo vagando por las calles un intervalo de tres días, hasta verse desfallecida por el hambre y el cansancio y caer rendida en un barrio esnob, donde un criado la recogió, y la llevó a la casa de su señor, el cuál cogió mucho aprecio a Sarah, pues era viudo ya que su esposa y su hija habían muerto en el incendio de una casa solariega propiedad de Iván (pues así se llamaba el susodicho) y a la que él no había podido ir por culpa del trabajo, salvando así su vida, aunque en su opinión, condenando las suyas.

Debido a esto, Iván procuraba que no la faltara de nada, pues era para él como una segunda hija. Ella le estaba muy agradecida, ya que era la primera persona que se había portado bien con ella sin esperar nada a cambio desde que tenía uso de la razón.

Sarah pasó una temporada larga en su casa, aunque cada día que pasaba estaba más incomoda, ya que el cariño paternal que Iván la prodigaba, poco a poco iba tomando un tinte lascivo, y Sarah se daba cuenta de ello.

Ya en dos ocasiones que habían ido a una fiesta, Iván la había presentado como su consorte, y ella se lo había reprochado a su término, sin más alegación por parte de este que era mejor que la gente pensara eso para no dar una imagen pública de caritativo, ya que todo el mundo le pediría favores. Esta era una excusa bastante pobre al entender de Sarah, aparte de que saltaba a la vista que a sus diecisiete años, Sarah poseía una apetitosa figura para un viejo de 67 al que poco a poco le iba abandonando la razón.

Después de una vida como esta, a Sarah no le resultó muy difícil decidir venirse a vivir conmigo junto con un pellizco de la fortuna que Iván había ido amasando a lo largo de años concediendo créditos a pobres que luego no los podían pagar y este les expropiaba de todas sus posesiones, cosa que alivió sobremanera el pozo de deudas que yo había ido acumulando al no trabajar y con una economía basada en lo abultada que tuvieran la cartera (si tenían) las víctimas de las que me alimentaba...

Pero yo también he de reconocer que estaba muy a gusto en su compañía, y que su sangre era la mejor que había probado en mis 75 años de existencia (y no eran pocas las que había paladeado mi gástrico), hasta el punto de que, a veces, me cuesta no contenerme al beber de ella y tener que llorar su pérdida... me alegro numerosas veces de no haberla matado en aquel callejón, valió la pena aquel dolor de estómago propiciado por aquellos borrachos.

Cuando finalizó el relato de su corta vida, en torno a las dos de la madrugada me vi asaltado por un deseo irrefrenable de probar la sangre que

corría por la garganta de la cual había salido semejante historia, y un instante después, mis colmillos se hallaban alojados en un delicado cuello perlado de sudor salado. Procuré no succionar demasiado, pues no quería que la velada finalizara allí, y que la chica fuera consciente de lo que acontecía a continuación. Yo, conocedor de la sensación que producía esto en los humanos (pues no siempre había pertenecido a la aristocracia nocturna) comencé a flirtear con ella, y después la dejé en “su” casa en estado de shock para que descansara, y partí hacia mi morada, dado que yo ya sabía con certeza que me pertenecía y que ella se encargaría de volver a mí, haciendo lo imposible por volver a experimentar lo que yo la había hecho sentir aquella noche.

Nos seguimos viendo varios días después, y se fue ganando mi confianza a pulso, hasta que un día, yo fui lo suficientemente irresponsable para demorarme más tiempo del aconsejado en su compañía, dejando que el astro rey ganara la carrera y yo no tuviera tiempo de volver a mi casa por medios ordinarios, ya que estaba debilitándome, así que no tuvo otra elección que permitir que Sarah me escondiera en la casa de aquel viejo demente. Y cuál no fue mi sorpresa al levantarme sin una estaca en el pecho, ni un collar de ajos arrojándome, ni con las ventanas abiertas de par en par ni ninguna de otras numerosas atrocidades que me vinieron a la mente en aquel preciso instante, lo único que vi fue a Sarah dormida en una silla junto a la puerta con la llave echada.

Dos días más tarde, Sarah vendría a vivir conmigo a mi casa, dejando a Iván y, gracias a la ayuda del criado que la recogió de la calle hacía un año, hacerle creer que se había marchado muy lejos.

Desde entonces, ella es mis ojos por el día, y mi sustento en períodos de necesidad.